

Mort Aventura

-¿Diga? -interpelaba mi madre al teléfono-.

-¿Carmiña?

-Sí. ¿Quién es?

-Son Paquita do Pinaceiro.

-Ah, Paquita, ¿Cómo estás?

-Ben, ben. Mira muller, chamábate para decirte que morreu Manolo de Panete.

-¿E cando foi? –comenzaba su cuestionario administrativo-.

-Onte á noite. Xa levaba mal un tempo. Tiña oitenta e nove anos.

-¿E cando é o funeral? –inquiría mecánicamente como un funcionario-.

-O funeral é hoxe as cinco, co corpo presente e logo o enterro.

-¿Onde é? –completaba burocráticamente la información-.

-Na Igrexia de San Pantaleón Das Viñas.

-Correcto, xa nos vemos alí –concluía mi madre-, cerrando mentalmente la carpeta de los deberes bien tomados

Las esquelas se sirven en España con el desayuno y la vida de mi madre empezaba así, temprano, con la negra y negativa información de la sección necrológica de *La Voz de Galicia*, a la que estábamos suscritos. Mi madre no concebía –ni concibe- (“Qué raro, no pusieron esquela”) la muerte sin esquela o casi puede decirse que la esquela es la muerte misma. Se trataba de una información “social” imprescindible sobre la base de la cual mi madre organizaba su día o su semana dejando los necesarios huecos para asistir a entierros y funerales de sus conocidos, tarea en la cual iba a ser ayudada y, a veces sustituida- “en representación, suele decirse”- por mi padre. Y siempre que las obligaciones académicas lo permitieran- fines de semana, festivos o vacaciones- acompañada por su hijo pequeño. Cuando llegaban las vacaciones, el primer día que podíamos- tras varios meses sin ir- nos trasladábamos a la aldea de mis abuelos maternos, y mi madre, cogiéndome de la mano me llevaba a participar de su particular “competencia” social: “ Venga, Javier, vamos a dar los pésames”. Lo hacía con la misma naturalidad y soltura con las que yo reparto entre los amigos de mis hijos las invitaciones de sus fiestas de cumpleaños. Un abrazo aquí, unos besos allá, un ceño fruncido acullá, y así todos recibían una dosis – requerida o no- del altruismo sedativo de mi madre. Sólo en una ocasión de esas noté a mi madre desconcertada porque al pasar por delante de una de las casas, vimos salir al sacristán sosteniendo en alto la cruz, encabezando una procesión mortuoria en la que se había congregado mucha gente. Me preguntó: ¡Cuánta gente hay! ¿Quién habrá muerto? En aquel momento lamenté no poder tener el censo del municipio a mano, pero le respondí que quizá fuera uno de los doscientos treinta habitantes empadronados. Discretamente, mi madre se acercó a una vecina conocida, intercambiaron algunos datos, y luego volvió a donde yo estaba con la información precisa: “ Fue Joaquín. Claro, ya lo había visto yo con mala cara en Navidad”. No señor. No había familia española “que se preciase” que no tuviera funerales o entierros un par de veces por semana. Por eso,

SEAN BIENVENIDOS A NUESTRO PARQUE TEMÁTICO MORT AVENTURA: LOS TANATORIOS Y LOS RECOVECOS DE LOS CEMENTERIOS NO TENDRÁN SECRETOS PARA USTEDES; SÚBANSE A LA NORIA DE LOS VELATORIOS; PARTICIPEN EN LAS CARRERAS DE MORTAJAS; SIENTAN EL VÉRTIGO EN LA MONTAÑA RUSA DE LOS PASEOS MORTUORIOS; DÉJENSE LLEVAR POR EL CARRUSEL DE LAS LETANÍAS; ABANDÓNENSE AL TIOVIVO DE LAS CONDOLENCIAS, ABRAZOS Y PALMADAS EN LA ESPALDA; COMPLETEN EL PUZZLE GIGANTE “A CADA NICHOSUS HUESOS” ¡SE ADVIERTE QUE LOS NIÑOS NO DEBEN VENIR SOLOS! SEPULTUREROS, EMPLEADOS DE POMPAS FÚNEBRES Y PLAÑIDERAS, ENTRADA GRATIS.

Sí, es verdad. Fui un niño precoz. Antes de que Disneyland o Terra Mítica abrieran sus puertas llevándonos al reino de la Fantasía hecho realidad, yo ya había experimentado otro mundo de ficción. Os puedo asegurar que desde los seis hasta los quince años –más o menos- he dedicado bastantes fines de semana (¿Por qué morían en los fines de semana? ¿O acaso los conservaban por la semana hasta que yo pudiera ir? Seguramente no querían mis padres que interrumpiera mi rendimiento académico) a velar cadáveres, acompañar familias afligidas y a participar en bombardeos de responsos y jaculatorias.

¿Por qué siempre iba yo y nunca mi hermano Carlos? ¿Acaso mi hermano –cinco años mayor que yo- estaba emocionalmente menos preparado para afrontar este tipo de situaciones? ¿Se derrumbaría con facilidad ante este inevitable y doloroso trance? ¿O es que mis padres consideraban que mis expectativas formativas no quedaban suficientemente

cubiertas con el colegio? Sea como fuere, un amplio abanico de posibilidades sociales se había desplegado ante mí con renovados aires de incienso, ceniza y formol.

Ese sábado a las cuatro llegábamos a la casa de los de Panete (el finado era el marido de una prima segunda de mi abuela materna).

Subimos a una sala –la mejor habitación de la casa- donde la familia que vivía allí no entraba nunca o en muy contadas ocasiones. Una sala donde los muebles quedaban siempre nuevos a pesar del paso de los años. En realidad esa habitación se reservaba, quizá de una forma inconsciente, para el velatorio que habría de celebrarse necesariamente un día u otro. Allí estaba colocada...¡¡LA CAPILLA ARDIENTE!! Pasen y vean, señor, señora y niño, adéntrense en el territorio sagrado de la antisepsia, desde donde se emprende el último viaje.

-Ha quedado muy bien –fue el comentario de una vecina a mi madre nada más verla.

“Quedar muy bien”, parecía ser una condición indispensable para emprender la última y definitiva jornada con la dignidad requerida. La familia se había esmerado en vestir, arreglar y afeitar cuidadosamente al difunto. Lo más corriente era –y pienso en mi abuelo materno- para vestirlo el sudario o la mortaja, una sencilla sábana en que se envolvía su cuerpo con excepción de la cabeza. Pero en este caso decidió su familia vestirlo con el traje que en España se llama “de domingo”. Su hijo mayor Pepe realizó esta operación que tradicionalmente se consideraba como un honor para la persona que lo hacía. Esta operación representaba la primera fase en la preparación de la “capilla ardiente”.

Al mismo tiempo que operaba a pleno rendimiento el Departamento de Puesta de largo del difunto, otros miembros de la familia – ya que no existía en el pueblo un periódico local- habían mandado imprimir grandes esquelas – auténticos “posters”- y los habían distribuido a mano por todas las casas de la zona, fijándolos en escaparates, puertas y fachadas. Estas esquelas, una vez dobladas, se convertían en un sobre desplegable de negros ribetes. La particularidad más notable de este tipo de esquelas es que, debajo de los apellidos del difunto, se mencionaba el mote o apodo o alguna referencia que hiciera posible la identificación, ya que en los pueblos casi nadie conoce los apellidos de los vecinos. En este caso figuró: “El Panete” y todos los parroquianos supieron de quien se trataba.

A continuación se adornaba la sala con flores, velas y cirios que llevaban luz eléctrica y formaban parte del aparato mortuorio que la funeraria llevaba a casa.

Comenzaba el velatorio del difunto y esa especie de desfile de familiares, amigos y vecinos que yo me atrevería a calificar de “un proceso de investigación judicial” ya que lo único a lo que se dedicaban era a recabar datos sobre las circunstancias que rodearon la muerte del finado.

“¿Cómo ha sido?”, solían preguntar los visitantes a medida que entraban en la casa después de decir con voz de circunstancia la frase ritual: “Le acompaño en el sentimiento.” Exigían a los familiares que les contasen las circunstancias de la muerte con detalles y pormenores. “La relaciones públicas” o “portavoz familiar” era la nuera del difunto, la mujer de su hijo

mayor y debía acabar agotada pues no dejaba de atender a todo el mundo que entraba.

-Mamá, ¿Por qué no la dejarán en paz?

-Mira, Javier, la necesidad de atenderlos hace más llevadero el dolor. Así se “distrae” un poco y se “olvida” de la pena que siente durante esos momentos.

¿Pero cómo te vas a olvidar de la pena que sientes si no dejas de hablar del difunto?

La familia se sentía en la obligación de demostrar que el finado había muerto en circunstancias normales. Una muerte con violencia o traumática – atropello, caída por un barranco, un disparo o un apuñalamiento- podía resultar demasiado impactante para las sensibilidades presentes, además de introducir elementos que exigirían – para las curiosidades malsanas- todo tipo de aclaraciones y detalladas descripciones. Por lo tanto, se apelaba por parte de los portavoces a utilizar expresiones estándar del tipo de: “Se quedó como un pajarito mientras dormía”, “No sintió nada”, “Ayer mismo por la noche aún jugamos una brisca, y hoy...”, “Hoy estamos aquí y mañana...”, “Dios se acordó de él y se lo quiso llevar”. Lo que me parecía increíble es que aún estuviera el buen hombre ahí con casi noventa años, y que Dios fuera tan olvidadizo.

La frase con que me invitaron a entrar al cuarto mortuorio fue: “¿Quieres verlo?”. Yo no podía responder que no. Antes no se quedaba nadie sin entrar a ver el cadáver. No nos habíamos dado prisa en comer y en trasladarnos a esta aldea para no ver el cadáver. ¡Por Dios! Pero a mí no me

apetecía –cosas de la edad- y recurrí a una frase estereotipada para renunciar a ese derecho:

-No gracias. Prefiero recordarlo en vida.

-Vamos Javier, tienes que verlo –me animó mi madre a entrar mientras sujetaba con fuerza mi brazo derecho.

Y ahí estaba yo contemplando un fiambre que no había visto en mi vida. Aquello era un espectáculo. Había más ambiente allí que en un pub del Orzán. Era una verdadera fiesta fúnebre. Nada gustaba tanto a los vecinos como un buen velatorio. Ya los parientes y amigos lo habían acompañado en torno a su lecho de muerte en los días previos a su fallecimiento y le habían bombardeado con un arsenal de jaculatorias, que se consideraban como una especie de contraseña para que su alma pudiera entrar en el cielo. Me enteré por mi padre de que habían ignorado por completo las convicciones del enfermo o su deseo de morir de forma coherente con sus ideas. Qué más da que hubiese sido un encarnizado ateo y “republicano de toda la vida”. Ahí estaban sus parientes, amigos o algún vecino que habían traído un cura para que le ayudara a “bien morir”. Habían conseguido que un hombre que privada e incluso públicamente había vivido apartado de la Iglesia muriera oficialmente en su seno.

Como dije antes, para seguir con mi relato del “último viaje”, la exposición pública del finado en el lecho mortuorio constituía todo un acontecimiento. La siguiente etapa en este proceso, tras los preparativos y la

adecuada exhibición del género, era el momento de las condolencias y los cumplidos protocolarios.

-Era todo un caballero. –sentenciaba un vecino-.

-Un excelente vecino. –apostillaba otro parroquiano-.

-Y cómo sacó incansable su familia adelante, con las penurias que tuvo que pasar –evocaba un amigo-.

La gente trataba de aprovechar al máximo las virtudes del fallecido. No hacía falta haber hecho mucho para merecer estos póstumos elogios porque siempre ha existido el tácito acuerdo de dejar en buen lugar la memoria del muerto en todos los casos. Personas que no han demostrado ninguna valía en vida merecen en esta hora final los más exaltados panegíricos.

Al lado de estas alabanzas que se tributaban al muerto, esta situación constituía una ocasión muy adecuada para que los presentes hicieran reflexiones con frases hechas tales como “No somos nadie” o “En esto termina todo”, sobre la brevedad de la vida y el destino del hombre, lo cual otorgaba a este momento el carácter de luminosa revelación.

Recuerdo haber visto como algunos de los que iban entrando en la habitación saludaban a los deudos y los acompañaban en su sentimiento, dándoles la mano por encima del difunto que yacía metido en la caja. Una situación sumamente dramática. Y no faltaron tampoco unos “despistados” que entraron apresuradamente en la estancia, y dirigiéndose a un familiar le espetaron ansiosos:

-Pero, ¿Cuándo fue?, ¿Cómo ocurrió? Así, sin avisar... no sabíamos nada...

Y tenían toda la razón: Un anciano de 90 años que llevaba enfermo varios meses debía haberse levantado de la cama, haberse vestido impecablemente, acudir al encuentro de estas dos personas y comunicarles sus verdaderas intenciones:

- Con el permiso de ustedes, voy a entrar en el período preagónico.

Comenzaba rezándose el Rosario y al mismo tiempo paralelamente se mantenían varias conversaciones en otras partes de la estancia. En un principio en un tono muy serio que normalmente versaban sobre la vida del difunto o sobre la situación en que quedaba su familia.

-Non deixou nada, muller –decía Paquita do Pinaceiro a mi madre- era un tolo, sempre decía: “para catro días que imos vivir...”

-Anda, Paquita, anda... as cousas son coma son... cada un é como é... todos temos erros... Ninguén é perfecto... non lle des mais voltas...

-Un toliño, Carmiña, un toliño.

Estos comentarios reflejaban la mentalidad ascética de esa época que era enemiga de la vida. Y esto daba lugar a formas traumáticas del vitalismo que solía expresarse con la idea de “Hoy estamos aquí, mañana sabe Dios...” o derivaban hacia concepciones brutales como la contenida en el famoso refrán: “El muerto al hoyo y el vivo al bollo”. Es muy significativo que, en español, la palabra “vivo” tenga un sentido peyorativo. Parece como si el ideal estuviese en estar muerto o, al menos, estar más atento a la muerte que a la vida.

Continuaban los rezos su proverbial protocolo y vi como una hermana del difunto que estaba llorando desconsoladamente apoyándose en una persona de la familia cesó su llanto en un momento dado y con gran aplomo y voz totalmente natural le preguntó: “¿Habéis encargado los recordatorios?” Posteriormente se ofrecía de beber a los visitantes y se derivaba fácilmente a hablar de otros temas –fincas, parcelas, oposiciones, política o enfermedades, para terminar con la intervención apropiada de alguien contando chistes. La risa no estuvo ausente de ningún velatorio al que asistí. En los momentos más solemnes, siempre hay alguien a quien se le escapa la risa, haciéndole pasar un mal rato en sus esfuerzos por disimularla, ante el temor de ofender a los familiares. El tema de las enfermedades era el que concitaba mayor número de seguidores. Conversación entre mi madre y una nieta del finado:

- Mira, Mercedes, una cosa, no veo a Paco da Griña.
- No, no pudo venir porque se recupera de una operación.
- ¿Y de qué lo operaron?
- Ya sabes, de “lo de abajo”.
- ¿“De sus partes”?
- Sí, “de ahí”...tenía muchos dolores...pero parece que todo salió bien.
- Ay, me alegro, mujer. Dale un abrazo de mi parte.

Me quedé más aliviado al comprobar el grado de satisfacción de mi madre cuando se enteró de la evolución positiva de los “pies” de Paco.

Luego mi madre habló con su prima Tucha y tocó el mismo tema. Aquí la conversación cobró un impulso regenerador ya que ambas mujeres intercambiaron sin pausa todas sus informaciones. En un momento dado pasé por delante de ellas y creo que mi madre iba ganando a su prima por catorce enfermedades a once. A ellas se les unió otra vecina que aportó un testimonio de vital importancia sobre el papel tan relevante que tuvo la nuera del difunto en la última fase de su enfermedad:

- Sí, ya lo creo que sí, Carmiña. Durante las últimas semanas no se apartó un momento de su cama. Hablaban mucho, y os puedo asegurar que aprendió muchas cosas con él.

Sí – pensaba yo-, a poner inyecciones, tomar la tensión, cambiar las sondas...

Oi también, cuando ya estábamos saliendo de la sala, como una parroquiana de avanzada edad y reducida movilidad le comentaba a otro vecino más joven, al cual iba agarrado:

- ¿Viste qué bien estaba, Ramón?... Un roble.
- Eso era el ataúd, mamá.

La crónica del “último viaje” seguía su curso. Después de:

- 1.”exhalar el último suspiro”
- 2.”entregar su alma al señor”
3. Organizar el entierro.
4. Amortajarle o vestirle.
5. Preparar la capilla ardiente para el velatorio.
6. Recibir a amigos y parientes que vienen a dar el pésame.
7. Echarle los responsos...

Redoble de batería. ¡Que salgan las plañideras! Venga, ¡En dos filas y que nadie se mueva! ¿Estáis todos?¿Are you ready? ¡Arriba esa caja! ¡Acoplen los hombros! ¡! Aaaarrancamos!!

...Llegaba el traslado del cadáver a la Iglesia donde se oficiaría el funeral para rezar “por su eterno descanso”. En los meses y años sucesivos se pagarían las misas que garantizaran el adecuado mantenimiento de esas condiciones de perpetuo reposo. La “vida de muerto” del finado no había hecho más que empezar y duraría siempre.

Es más que evidente que las generaciones de mis padres y mis abuelos han sido educadas en una concepción del mundo según la cual la muerte era en realidad lo único importante para el ser humano y todo debía orientarse hacia ella aún a costa de renunciar a la vida. (“Esta vida es un valle de lágrimas”). Sin embargo, esta negra bandera que flotaba sobre sus cabezas no era más que un puro ejercicio del “chantaje” contra la vida, un instrumento de poder llamado a desempeñar una función de policía espiritual. Lo que en otras culturas y religiones representa la enseñanza de una serena contemplación del destino humano, en la nuestra es una máquina de tortura destinada a ensombreceer la existencia. Nuestros padres y abuelos siempre la debían tener presente, vivían con Ella, aprendían a “bien morir”, más que a vivir, o, inseparablemente, las dos cosas al mismo tiempo. Y la “buena vida” parecía incompatible con una “buena muerte”.

De la casa mortuoria, como ya anuncié antes, salió la comitiva –al frente marchaba el duelo formado por la viuda, los hijos, nietos, hermanos y parientes más próximos- con destino a la Iglesia. Al llegar allí, el cura le echó de nuevo al difunto los responsos (lo que popularmente se conoce por el “gori gori”). Metieron la caja dentro y la colocaron a pie del altar.

Era un cura joven que había llegado a la parroquia hacía dos meses. El cura comenzó a hacer el panegírico del difunto, de cuya vida apenas poseía datos que sirvieran de identificación personal. Se limitó entonces el cura a hacer elogios de la bondad y religiosidad de la persona fallecida, así como una serie de reflexiones generales sobre la muerte y la vida eterna:

“Es condición natural de todas las cosas sensibles hallarse en continua mutabilidad, la cual, acentuándose más y más bajo la acción inexorable del tiempo, acaba en último

término con la destrucción del mismo ser. Desde la humilde flor que perfuma los jardines hasta el cedro que se levanta soberbio en las cordilleras del Líbano, desde el pajarillo que canta en la enramada hasta el león que ruga en la selva, desde el grano de arena apenas visible en la playa hasta el monte más elevado que esconde su frente en las nubes, todo, todo está sujeto a la ley de mutabilidad, todo se gasta, todo se destruye...”

Os aseguro que estaba fascinando a todos los parroquianos sin que ninguno descubriera de qué estaba hablando.

Pero:

“Pero el hombre, ese rey de la creación, tan grande y elevado por una parte, tan bajo y miserable por otra, al experimentar sobre su ser el último y supremo efecto de la ley general de la mutabilidad, no se destruye en todos sus elementos esenciales: cae en la fosa y perece en la corrupción la materia que le envuelve; vive, por otra parte, ufano e inmortal su incorruptible espíritu...”

Con el tiempo fui descubriendo que los curas repiten burocráticamente estos sermones mortuorios aplicando esquemas muy sencillos. Yo creo que el cura se percató del estado de confusión mental en que estaba sumido el rebaño tras oír su plática, y decidió —buscando una imagen que describiera el destino del hombre con la tradicional prosopopeya de las oraciones fúnebres— recurrir a un símil moderno y comparó la existencia a un partido de fútbol:

“Cuando el árbitro pita el final del partido, ya no hay tiempo para rectificar. El resultado es inamovible y el alma se tiene que presentar ante Dios con los goles a favor y en contra que se hayan producido durante el partido. Pero no nos podemos olvidar que aunque ha finalizado el campeonato terrenal, el alma va ahora a disputar el campeonato más

ansiado y de un gigantesco salto ha pasado a engrosar las filas del mejor equipo que se conoce: las del Cielo F.C.”

A mí, que era un enamorado del balón, tras oír al cura casi me entraron ganas de morirme. Haciendo gala de un notable dominio de la retórica y la oratoria, el cura nos había devuelto la esperanza de que aunque quedásemos eliminados en la Liga de los humanos, siempre estaríamos clasificados para disputar la “Champions” Celestial.

Terminó el funeral y los parientes se colocaron en fila ante la puerta mientras los asistentes desfilaban pausadamente delante de ellos y les iban dando la mano o les abrazaban, expresándoles “su mas sincero y sentido pésame”. Esta escena, con los deudos de riguroso luto y todos los presentes vestidos de tonos oscuros –las mujeres cubriéndose la cabeza con velos o pañuelos- era particularmente impresionante aquel día de verano bajo el ardor del sol que caía a plomo.

Última parada, el cementerio. ¿Alguien para el cementerio? Pasen y vean señoras y señores, ¿quién quiere ir al *Rincón del Sueño Eterno?*

A continuación fue conducido el ataúd –a hombros de sus hijos y yernos- al cementerio Sacramental que estaba pegado a la Iglesia. En la explanada que había enfrente al bloque de nichos de cinco pisos de altura – el nicho estaba situado en la quinta “planta”, disfrutando de unas magníficas vistas-, unas cincuenta personas permanecían en un absoluto silencio, un silencio que uno temía traicionar con la sola respiración. Los enterradores colocaron el ataúd sobre la plataforma de la máquina elevadora que debía depositarlo en un nicho del último piso. Estaba todo preparado: paleta, yeso, masilla y cincel dispuestos a entrar en faena. Y en aquel tremendo silencio de

la luminosa y calurosa mañana, la máquina, al elevar la plataforma con su carga, emitió un penetrante chirrido que rasgó el aire y mostró la realidad de la muerte. Luego, los golpes del cincel sobre la lápida y silencio, sobre todo, silencio.

El entierro, como el coñac, era “cosa de hombres”. Se partía de la base de que las mujeres podían “afectarse” por la asistencia a los entierros y la visita al cementerio acompañando al muerto. Mi madre, con el tiempo, ha dejado de ir a los entierros. Se ha “especializado” en los funerales. Normalmente las esposas de los asistentes al entierro, en caso de que tuvieran suficiente confianza con la familia, permanecían en la casa mortuoria “haciendo compañía” a las mujeres de la casa, y su obligación “social” solamente se ejercía con motivo de las misas y funerales que siguen al entierro. Mi madre, en este terreno, se ha convertido en una autoridad, un patrón de referencia para marcar pautas de comportamiento ante estos eventos.

Era un día cálido; el calor derretía el asfalto, dándole un punto de centelleante negrura. De regreso al coche de mi padre por el sendero que llevaba a la Iglesia, dos señoras con sombrero de paja descansaban en un banco; habían interrumpido su conversación para observarme abiertamente y preguntarse estupefactas qué hacía una calurosa tarde de Junio un niño de doce años asistiendo a un entierro de un anciano de ochenta y nueve, al que nunca había conocido.

Acudí a tantos entierros y funerales durante aquellos años que llegó un momento en que siempre que iba caminando por algún sitio y olía a flores, me daba la vuelta buscando el ataúd.

Es un hecho evidente que el entorno o, más precisamente, la puesta en escena del morir ha experimentado un gran cambio: ha desaparecido, prácticamente el luto, que nos recordaba continuamente la realidad de la Muerte; se han simplificado las pompas fúnebres; ni los entierros ni los funerales son ya lo que eran; no se ponen epitafios; las esquelas de los periódicos han adelgazado sus trazos negros; Antes, ahora menos, no había mejor ocasión que la muerte para lucir los propios títulos y habilidades y airear las propias grandezas. Todo el mundo lo comprendía y el hecho de estar muerto quitaba toda peligrosidad al que ostentaba esos títulos. Esta es la razón por la cual en los entierros y en las necrológicas se hacen siempre grandes elogios del difunto. El pobre ya no compite y se le permite sin reservas mostrar sus méritos y galardones. Ese día, el muerto es el gran protagonista. La esquela viene a ser como una tarjeta de visita, como un diploma pacientemente elaborado durante toda la vida y destinado a ser colgado en la última pared del último salón de la existencia. No se trata sólo de los títulos nobiliarios precedidos de diez o doce apellidos rimbombantes, sino también de títulos universitarios, nombramientos en el mundo de la política, de la industria, de la administración o de las finanzas. En muchas esquelas, además de mencionar los títulos del muerto, se aprovecha la ocasión para citar los de los familiares sobrevivientes: “Su afligido hijo Don...Abogado del Estado”.

Ya no se pronuncian discursos ni se leen poemas al pie de la tumba; ya apenas nadie dice que es viudo, viuda, huérfano, hijo afligido o abatida familia. En los últimos años ha decaído mucho la costumbre de llevar luto por la muerte de un familiar. La esposa, los padres, e incluso algún hijo de una persona fallecida vestían de negro de pies a cabeza durante un año en recuerdo suyo, y sólo entonces – agotado ese tiempo- comenzaban a introducir alguna tímida prenda gris, violeta o blanca, en lo que se llamaba medio luto o alivio de luto. El hecho de que la parentela de una familia sea muy numerosa – como era el

caso de la familia de mi padre- hizo que mi tía Chucha tuviera que ponerse de luto cada vez que se le moría un hermano, un primo, un tío carnal, sus padres o cualquier otra persona de la familia. El caso es que Chucha iba “empalmando” los lutos a medida que se le iban muriendo los parientes. En cuanto había pasado el tiempo reglamentario enlutada por un difunto comenzaba a aliviar su vestido con algún color menos fúnebre, se le moría otro pariente y tenía que enlutarse de nuevo. Ya no se lo quitó nunca.

Vivimos en un mundo sin crespones, sin penachos negros, sin velatorios, sin plañideras, como si hubiésemos decidido negar a la Muerte el sitio que tiene entre nosotros. ¿Por qué? Principalmente porque buena parte de su pomposa parafernalia movía más a risa que a llanto. No es éste el momento para investigar las razones por las cuales se produce en nuestra cultura esta dualidad en la consideración de la muerte, que hace que coexistan en ella la tragedia y la risa. Se suele decir muerto/a de risa confirmando el parentesco que entre nosotros existe entre la risa y la muerte. La frontera entre lo trágico y lo cómico es muy endeble, se cruza sin sentirlo, y no ha habido mejor botón de muestra, nada ha ilustrado de manera más certera esta línea divisoria tan frágil que el comentario expresado por mi tía Celia cuando introducían el féretro de su marido dentro del nicho; repetía entre sollozos:

-“Ay, Antoñito, ¡Qué bonito ha quedado todo y cuánta gente ha venido! ¡Si pudieras verte!”.